

Laicos, familia y vida: Caminos de alegría y esperanza

María Inmaculada España Ríos

Departamento de Geografía Física y
Análisis Geográfico Regional Universidad de Sevilla

Enrique Belloso Pérez

Delegado Diocesano de Apostolado Seglar
Archidiócesis de Sevilla

Vamos a trazar un camino, una aproximación a la llamada a la santidad en el mundo actual expresada en *Gaudete et exsultate*, la tercera exhortación apostólica del Papa Francisco publicada en 2018, que nos muestra hacia donde hemos de dirigir nuestra esperanza: “*La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesús siempre nace y renace la alegría*” (Evangelii Gaudium1). Nos acercaremos también a través de diversos textos pontificios, especialmente, *Christus Vivit* y *Amoris Laetitia*, al momento actual, para terminar aterrizando, a través de los datos ofrecidos por estadísticas oficiales, vinculadas a la realidad de nuestras familias y distintas situaciones personales, y ofreciendo finalmente algunas pautas para seguir caminando como Pueblo de Dios en salida.

Parece que el ritmo vertiginoso al que estamos sometidos nos quita la alegría de vivir. Las presiones y la impotencia frente a tantas situaciones nos endurecen el corazón y nos hacen insensibles ante los muchos desafíos. Vivimos en una paradoja, parece que caminamos hacia una sociedad mejor, pero no tenemos tiempo para nada, ni para nadie.

Deberíamos preguntarnos como se puede experimentar la alegría del Evangelio hoy en nuestras ciudades. ¿Es posible la esperanza cristiana en esta situación, aquí y ahora? La respuesta la tenemos en las Bienaventuranzas en Mateo 5, bienaventurados, felices... aparece nueve veces. Es como un estribillo que nos recuerda la llamada del Señor a recorrer con Él un camino que, a pesar de todas las dificultades, conduce a la verdadera felicidad.

El cristianismo nos ofrece una novedad revolucionaria, un modelo de felicidad opuesto al que habitualmente nos hacen llegar desde la opinión dominante. Es un escándalo que Dios muera en una cruz, en la lógica de este mundo lo que Jesús proclama bienaventurados son con-

siderados unos perdedores, unos débiles. En cambio, se exalta el éxito a toda costa, el bienestar, la arrogancia del poder, la afirmación de sí mismo en perjuicio de los demás. Pero, sabemos bien, que el servicio al otro nos libera de la tristeza que nos derriba.

La evangelización, en nuestro tiempo, solo será posible por medio del contagio de la alegría. Por eso, como nos recuerda una y otra vez el Papa Francisco, no nos dejemos robar *“la esperanza y la alegría”*. Nos debemos de atrever a ser más, a caminar con confianza hacia nuestra meta: la santidad, vivida como laicos, como jóvenes, como familias cristianas que en medio del mundo ofrece a todos su mayor tesoro, Jesucristo.

1. “Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia” (Mt.6,33).

Hemos de vencer nuestros *“miedos y zozobras”* originados por *“la situación actual de la Iglesia y de la humanidad”* por la confianza en el Señor que nos ama y nos sostiene. Nada podrá separarnos del amor de Dios. Para ello debemos *“privilegiar el idioma de la proximidad, el lenguaje del amor desinteresado, relacional y existencial que toca el corazón”*. Sabemos que el mundo actual es *“frío, cosificado y despersonalizado”*, nos recuerda Francisco, con unas relaciones *“marcadas por los intereses”*, en el que *“la justicia no está impregnada de la misericordia”*. Por ello, necesitamos la *“lógica del corazón”*, insiste el Papa al inicio de *Gaudete et exultate*.

Los santos de la puerta de al lado, esta expresión acuñada por el Papa Francisco ha enraizado en nuestro corazón, y él nos dice que no seremos santos si copiamos a otros *“ser santo no es ser una fotocopia”* (Christus Vivit 162). Tenemos que ser y desarrollar nuestra propia forma de ser santos. Para ser santos tenemos que ser más plenamente nosotros mismos, ser ese que Dios soñó, no una fotocopia.

Nos olvidamos muchas veces que *“no es que la vida tenga una misión, sino que es misión”* (Xavier Zubiri. Naturaleza, Historia, Dios, 1999). Es decir, que todos somos misión. Por eso, una tarea movida por la ansiedad, el orgullo, la necesidad de aparecer y de dominar, no será santificadora.

El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifique más y más con Jesucristo. Para ello, nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, la intimidad como la tarea evangelizadora. La santidad no nos hace menos humanos, porque es el encuentro de nuestra debilidad con la fuerza de la gracia. Como decía León Bloy, en la vida *“existe una sola tristeza, la de no ser santos”*.

2. Una Iglesia viva y joven

Tras el paso de los años y el peso de los siglos la Iglesia puede caer siempre en la tentación de perder el entusiasmo (Christus Vivit 37). Por ello, ser verdaderos es el mejor modo para comunicar la verdad de lo que se testimonia (como el fuego en el cañaveral que decían de los primeros cristianos). Sin duda, no queremos, no necesitamos una Iglesia silenciosa y tímida, pero tampoco una Iglesia siempre en guerra por dos o tres temas que la obsesionan, como nos recuerda el Papa Francisco. Necesitamos una Iglesia una comunidad de vida que nos introduzca en Cristo, que es nuestra única esperanza. Ya que Él vive, y nos quiere vivos, de ahí partimos.

A pesar de tantas cosas, somos una Iglesia joven, cuando somos nosotros mismos, cuando somos capaces de volver a nuestra fuente (la Palabra de Dios, la Eucaristía...) (ChV35). No podemos ser una Iglesia a la defensiva, que se convierte en un museo, en una Iglesia temerosa y débilmente estructurada ante los desafíos que tenemos enfrente o vienen de camino, que son muchos y complejos.

Sabemos bien, que Jesús no pertenece al pasado, sino al presente y al futuro, porque Él es el eterno Viviente. Toda generación de creyentes descubre en Cristo un contemporáneo y un compañero de viaje. Estamos recorriendo el camino sinodal de la Iglesia, corresponsable. Un camino que sigue, que no se detiene, como nos ha ido mostrando el Papa Francisco en todo su pontificado, fiel a tradición recibida, somos una Iglesia que camina, entre los desafíos del mundo y los consuelos de Dios.

Hemos de reconocer que muchos seres humanos, que muchas veces nosotros, los que nos llamamos Iglesia, los que somos Iglesia estamos ideologizados, e incluso muchos son utilizados y aprovechados como carne de cañón o como fuerza de choque para destruir, amedrentar a otros. Vivimos en una sociedad que no tiene a Dios en su corazón, en su centro y que tiene un gran objetivo convertimos en “*presa fácil de planes destructivos que elaboran grupos políticos o poderes económicos*” sin otro planteamiento que el poder por el poder. Nada de esto es nuevo, pero este es nuestro tiempo.

Todos somos conscientes de “*cierta publicidad que enseña a las personas a estar siempre insatisfechas y contribuye a la cultura del descarte*”. La mercantilización de los cuerpos es una gran verdad. “*La cultura actual representa un modelo de persona muy asociado a la imagen de lo joven*” esto provoca insatisfacción y un nuevo modelo social, donde se excluye a los mayores. Gran paradoja, cuando cada vez hay menos nacimientos y muchos más mayores, caminamos hacia una sociedad envejecida y con una tasa de reposición muy baja. Es decir, una sociedad que necesita de mucha vida, de un repunte de la natalidad, clave para nuestro futuro común.

Cada vez tenemos más claro que tenemos que ofrecer en todas nuestras iniciativas formativas, una educación desde y para la vida. En nuestros entornos formativos y educativos no nos podemos organizar para la preservación, resistirnos a los cambios. No podemos encerrarnos en un “*bunker*” que protege de los errores de afuera. Hemos de resaltar que las propuestas religiosas y morales no nos han ayudado a confrontarlas con un mundo que las ridiculiza, además nos cuesta orar y vivir la fe en medio del ritmo acelerado de nuestra sociedad.

Estar al servicio de los demás es el primer paso para descubrir o redescubrir la vida cristiana y eclesial, esto no se nos puede olvidar. Muchos de los nuestros se cansan de nuestros itinerarios de formación doctrinal y espiritual, y parece que demandan mayor protagonismo en actividades que hagan algo por la gente (voluntariado). Ambos caminos no son excluyentes, son complementarios.

El Papa Francisco siempre nos insiste en que hemos de apostar por la revolución de la caridad, dejando atrás las patologías del individualismo consumista y superficial. Este es otro gran reto para la Iglesia de hoy, poner en valor la dimensión social del Evangelio. Para ello, debemos promover una pastoral más amplia y flexible que estimule liderazgos naturales y carismas que el Espíritu Santo siembra, también entre los más jóvenes, entre nuestros mayores y niños, en nuestras familias y comunidades.

Sin duda, nuestra Iglesia deben ser una “*Iglesia de puertas abiertas*”, basta una actitud abierta para los que se quieran dejar encontrar por la verdad revelada por Dios. La comunidad entera, cada uno de nosotros, debemos sentirnos responsables de acoger, motivar, alentar y estimular. Mirando a todos con comprensión y afecto, no se les ha de exigir una perfección que no les corresponda con su edad o con su situación. Estamos también ante una profunda trans-

formación de la condición juvenil, un alargamiento de tiempos y estados, una infantilización de la madurez, acompañada de falta de confianza y estima.

Muy unido a lo anterior, está la cuestión de la sexualidad vivida desde una fe comprometida. En cualquier tiempo y sociedad hemos de reconocer que “*el cuerpo y la sexualidad tienen una importancia esencial*” para nuestra vida y “*en el camino de crecimiento*” de nuestra identidad, muy especialmente para los jóvenes. Esto no lo podemos obviar. Por ello, es importante que seamos una Iglesia donde haya una mayor reciprocidad entre hombres y mujeres, donde quede fuera toda clase de discriminación y violencia sexual. Esto es clave.

La moral sexual suele ser, muchas veces, “*causa de incomprensión y de alejamiento de la Iglesia, ya que se percibe como un espacio de juicio y de condena*”. Al mismo tiempo, los jóvenes y no tan jóvenes expresan “*un explícito deseo de confrontarse sobre las cuestiones relativas a la identidad masculina y femenina, a la reciprocidad entre hombres y mujeres, y a la homosexualidad*” (Christus Vivit 81). Esta es la realidad y no otra, esto hay que trabajarlo, rezarlo y encontrar caminos para que el Evangelio se haga presente en la vida cotidiana de cuantos lo quieran acoger.

Estamos ante un nuevo desafío: interactuar con un mundo real y virtual en el que se adentran solos como en un continente global desconocido. Necesitamos pasar del contacto virtual a una buena y sana comunicación. Somos libres para encontrar caminos siempre nuevos con creatividad y audacia. Poniendo en juego el ingenio, el conocimiento del propio ambiente.

El ambiente digital que caracteriza la comunicación contemporánea como nos recuerda el Papa Francisco: “*No se trata sólo de usar instrumentos de comunicación, sino de vivir en una cultura ampliamente digitalizada que tiene impactos profundos en las nociones del tiempo y del espacio, en la percepción de sí mismo, de los demás y del mundo, en el modo de comunicar, aprender, informarse, entrar en relación con los demás*”. La cara oculta de este contexto digital puede ser un territorio de soledad, manipulación, explotación y violencia en el Dark Web. Por otro lado, hemos de tener en cuenta que la inmersión en el mundo virtual ha propiciado una especie de “*migración digital*”, un distanciamiento de la familia, de los valores culturales y religiosos, que llevan a muchos a un mundo de soledad y auto invención, experimentando una falta de raíces, aunque se permanezca en el mismo lugar.

Estamos pues, ante una manera diversa de vivir, no sólo en la red, a través de muchos y distintos lenguajes. Incluso el del silencio y el de la contemplación. El arte, la música, el deporte, la caridad, el compromiso social, la política, reconectando lo real y virtual. Privilegiando el lenguaje de la cercanía, el lenguaje del amor desinteresado que toca el corazón. Este es un espacio que hay que ofrecer para abrir nuevos horizontes a la evangelización.

3. Dios se manifiesta como Es, un Amor de ida y vuelta, que hemos de concretar en nuestro prójimo

Antes de seguir avanzando nos gustaría ahora detenernos en el Capítulo Cuarto de *Gaudete et exsultate*, donde el Papa Francisco nos ofrece algunas notas sobre la santidad en el mundo actual que nos pueden ayudar a pararnos y reflexionar sobre cómo estamos viviendo nuestra fe, nuestro compromiso, nuestra relación con Dios y con los demás, incluso con los que tenemos más cerca, nuestra familia, comunidad, amigos, compañeros de trabajo...

La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8,31). Para ello, hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que arraiguen. No nos hace bien mirar desde arriba, colocarnos en el lugar de jueces

sin piedad, considerar a los otros como indignos y pretender dar lecciones permanentemente. No caigamos en la tentación de buscar la seguridad interior en los éxitos, en los placeres vacíos, en las posesiones, en el dominio sobre los demás o en la imagen social. Todo esto se consigue con aguante, paciencia y mansedumbre.

El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor, esta es la segunda nota o clave. Sin perder el realismo, iluminando a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. La alegría consumista e individualista tan presente en algunas experiencias culturales de hoy, no es el camino de Jesús. Porque el consumismo solo empacha el corazón; puede brindar placeres ocasionales y pasajeros, pero no gozo.

Al mismo tiempo, la santidad es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Esta sería la tercera nota. El Señor nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros. La Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida.

Sin la comunidad nuestro camino se trunca, esta es la cuarta nota. Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos, donde la convivencia y la propia comunidad se ha de construir día a día.

La quinta nota, la conocemos bien, pero lamentablemente nos pasa como a los apóstoles en Getsemaní, nos quedamos dormidos o incluso ni siquiera acudimos junto a Él. Y, sin embargo, son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él. Para santa Teresa de Ávila la oración es *«tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama»*. Se nos ha repetido mucho, que esto no es solo para unos pocos privilegiados, sino para todos, pero la realidad es muy distinta, y sin embargo el Señor nos espera siempre. Nunca se cansa de esperar, por si alguna vez queremos acercarnos de nuevo a Él.

4. Elegir caminos de resurrección, un laicado en acción, hacia un pentecostés renovado

Para iniciar este punto traemos estas palabras luminosas del Papa Francisco: *“Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado como acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana; cómo él, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública. Sin darnos cuenta, hemos generado una élite laical creyendo que son laicos comprometidos solo aquellos que trabajan en cosas de los curas y hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe”* (Carta del Papa Francisco al cardenal Ouellet con motivo del encuentro de la Pontificia Comisión para América Latina, el día 19 de marzo de 2016).

Sin duda, estamos llamados a recorrer la senda del caminar juntos, un camino de sinodalidad, sabemos bien que la evangelización tiene más que ver con la comunión que con la comunicación. La misión nos lleva a la vida de cada día, a nuestro trabajo, nuestros estudios, nuestro barrio, nuestro pueblo, nuestra familia, nuestro tiempo libre..., es ahí donde nos jugamos la tarea evangelizadora que tenemos encomendada. Solo una pastoral que sea capaz de renovarse a partir del cuidado de las relaciones y de la calidad de la comunidad cristiana será significativa y atractiva. El primer presidente de la ACdP, un laico, que con los años fue obispo y cardenal, el Siervo de Dios, Ángel Herrera Oria, nos ofrece un clarividente pensamiento para iluminar

nuestro camino: *para hacer cosas relevantes se necesita más que discurrir maravillosamente sacrificarse maravillosamente y eso no se consigue con el entendimiento sino con trabajo, esfuerzo, sacrificio y tenacidad.*

Como nos ha recordado en muchas ocasiones el Papa Francisco, perder la memoria es desarraigarnos de dónde venimos como cristianos laicos y, por lo tanto, no sabremos tampoco a dónde vamos. El Concilio Vaticano II define claramente al laicado: *“son fieles cristianos que tienen una vocación y misión específicas: están llamados a santificarse en medio del mundo, santificándolo desde dentro”* (Cfr. Lumen Gentium, capítulo IV). Así, la misión del laico, no viene dada por delegación de la Jerarquía, sino por su vocación específica de laico, que le hace responsable activo de la Iglesia.

El Papa Francisco, con la claridad que lo caracteriza, afirma que *“los laicos no son miembros de -segunda clase, al servicio de la jerarquía y simples ejecutores de órdenes de arriba, sino discípulos de Cristo, que en virtud de su bautismo y su inclusión natural en el mundo están llamados a dar vida en cualquier actividad y en aquellos lugares que de otro modo permanecerían ajenos a la acción de Dios y abandonados a la miseria de la condición humana. Nadie mejor que ellos pueden realizar esta tarea tan esencial”* (10.11.2015, mensaje al presidente del extinto Consejo Pontificio para los Laicos, Cardenal Ryłko). Lo expresa muy claramente el Papa, otra cuestión es ponerlo en práctica por parte de todos.

En los últimos años, siguiendo nuevas directrices organizativas la Santa Sede está ha creado un nuevo Dicasterio dedicado al laicado, familia y vida, orientándolo a ejercer su tarea e impulsar nuevos caminos para la evangelización en estos ámbitos pastorales. Todo ello con el fin de abrir nuevos horizontes *“a la promoción de la vida y del apostolado de los fieles laicos, de la pastoral de los jóvenes, de la familia y de su misión, de acuerdo con el plan de Dios y en la protección y el apoyo de la vida humana”* como así recoge su documento fundacional y Estatuto, y que seguidamente vamos a puntualizar y abundar en relación a toda esta rica realidad pastoral de laicos, familia y vida.

Lo que se pretende desde la Santa Sede es favorecer con esta nueva estructura pastoral universal, y sus réplicas, en Conferencias Episcopales y Diócesis, a nivel nacional y local, es que crezca *“en los fieles laicos la conciencia de la corresponsabilidad, en virtud del Bautismo, para la vida y la misión de la Iglesia, de acuerdo con los diferentes carismas recibidos para la edificación común, con una atención particular a la misión peculiar de los fieles laicos de animar y perfeccionar el orden de las realidades temporales”* (Lumen Gentium, 31). Para ello, tendrán que promover las iniciativas que estén relacionadas con la acción evangelizadora de los fieles laicos en los diversos sectores de las diversas realidades temporales, teniendo en cuenta la competencia que, en estas mismas materias, tienen otros organismos eclesiales. Igualmente tendrán que promover la participación de los laicos en la instrucción catequética, en la vida litúrgica y sacramental, en la actividad misionera, en las obras de misericordia, de caridad y de promoción humana y social. Alentando y apoyando su presencia activa y responsable en la vida parroquial y diocesana, y en los órganos consultivos de gobierno presentes en la Iglesia a nivel universal y particular.

En definitiva, se ha de trabajar, como plantea la Comisión Episcopal de Laicos, Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española, en una doble perspectiva, por una aparte, la comunión eclesial –comunidad evangelizadora- y de la corresponsabilidad en la vida y misión en la Iglesia, y, por otro lado, la misión de la Iglesia –acción evangelizadora- y presencia de los laicos en la vida pública, impulsando la adecuada formación de éstos.

Una especial preocupación, en esta tarea de conjunto, se tiene por los jóvenes, pidiendo que se promueva su protagonismo en medio de los desafíos del mundo actual. Así como, en profundizar en la reflexión sobre la relación entre el hombre y la mujer en su respectiva especificidad, reciprocidad, complementariedad e igual dignidad. Valorizando el “genio” femenino, que contribuye a la reflexión eclesial sobre la identidad y la misión de las mujeres en la Iglesia y

en la sociedad, promoviendo su participación. Igualmente se promoverá desde estas estructuras pastorales la atención pastoral de las familias, protegiendo su dignidad y su bien basados en el sacramento del matrimonio, favoreciendo sus derechos y responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad civil, para que la institución familiar pueda cumplir cada vez mejor sus funciones tanto en el ámbito eclesial como social. Son grandes retos pastorales, los jóvenes, la mujer, la familia, sin duda una tarea interconectada y necesaria.

Respecto a la familia, una tarea propia, es discernir los signos de los tiempos para valorizar las oportunidades a favor de la familia, para hacer frente con la confianza y la sabiduría del Evangelio a los desafíos que la atañen y aplicar en el hoy de la sociedad y de la historia el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia. Ayudando a profundizar en la doctrina sobre la familia y de su divulgación a través de una catequesis adecuada; favorece, en particular, los estudios sobre la espiritualidad del matrimonio y la familia y su faceta formativa, todo ello es de vital importancia para el futuro de la Iglesia. Sin olvidar la formación de los novios y recién casados. Así como, la necesaria cercanía pastoral de la Iglesia en relación con las situaciones llamadas “irregulares” (AL, 296-306). Por otro lado, es esencial potenciar los programas pastorales que sostienen a las familias en la educación de los jóvenes en la fe y en la vida eclesial y civil, con una atención especial a los pobres y marginados, así como al diálogo entre generaciones, favoreciendo la apertura de las familias a la adopción y a la acogida de los niños y al cuidado de las personas mayores, haciéndose presente en las instituciones civiles para que apoyen dichas prácticas.

Una tarea importante de esta estructura pastoral, indistintamente de su realidad, universal, nacional o local, es sostener y coordinar iniciativas a favor de la procreación responsable, así como para la protección de la vida humana desde la concepción hasta su fin natural, teniendo en cuenta las necesidades de la persona en sus diversas fases evolutivas. Promoviendo y alentando siempre a las organizaciones y asociaciones que ayudan a la mujer y a la familia a recibir y apreciar el don de la vida, especialmente en el caso de embarazos difíciles, y a prevenir el aborto. Apoyando también iniciativas destinadas a ayudar a las mujeres que hubieran abortado. Todo un programa de trabajo, que suma en beneficio de todos.

5. Los laicos están en la primera línea de la vida de la Iglesia

La Iglesia necesita el testimonio del laicado sobre la verdad del Evangelio y su ejemplo para expresar su fe con la práctica de la solidaridad. Debemos de dar gracias a Dios por muchos laicos que se arriesgan, que no tienen miedo y que ofrecen razones de esperanza, a los más pobres, a los excluidos, los marginados... Los fieles laicos hemos de cumplir nuestra misión específica, la misión que hemos recibido en el bautismo, poniendo nuestra creatividad al servicio de los desafíos del mundo actual.

Utilizaremos para desarrollar estas ideas, como ya hemos apuntado más adelante la referida carta que el Santo Padre Francisco dirigió al cardenal Marc Ouellet, en 2016. Si tuviéramos que resumirla en una frase, podría ser esta: debemos estar más en generar proyectos que en ocupar espacios de poder. Pero antes tendríamos que dar respuesta a las preguntas: ¿cómo lo hacemos? ¿Necesitamos formación?

Ya no nos sirve aquel el slogan repetido como un mantra: “*es la hora de los laicos*”, pues como bien dice el Papa con cierto humor, ya que “*el reloj se ha parado*”. Bien sabemos, aunque parece que a veces se nos olvida, que la Iglesia no es una elite de sacerdotes, de consagrados, de obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo de Dios. Ungido con la gracia del Espíritu Santo, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar y discernir. Como lo hemos podido comprobar en el pasado Congreso Nacional de Laicos celebrado en febrero de 2020, en Madrid, bajo el lema: Pueblo de Dios en salida. El Papa no se cansa de insistir en que el clericalismo anula la personalidad de los cristianos y lleva a la funcionalización del laicado; tratándolo como

“mandaderos”, coarta las distintas iniciativas y esfuerzos. Porque el clericalismo se olvida que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo de Dios (Lumen Gentium 9-14)

Ante esta situación uno de los pocos espacios donde el pueblo (incluyendo a sus pastores) y el Espíritu Santo se han podido encontrar sin el clericalismo que busca controlar y frenar la unción de Dios sobre los suyos, es la pastoral popular, la piedad popular. Pero la pastoral popular tiene sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores: Como el reflejo una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de una generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción...

Esta religiosidad popular, puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo (Evangelii Nuntiandi 48). San Pablo VI usa una expresión que es clave, la fe de nuestro pueblo, sus orientaciones, búsquedas, deseos, anhelos, cuando se logran escuchar y orientar nos terminan manifestando una “*genuina presencia del Espíritu*”. Confiemos en nuestro Pueblo, en su memoria y en su “*olfato*”, nos recuerda el Papa Francisco, confiemos que el Espíritu Santo actúa en y con ellos, y que este Espíritu no es solo “*propiedad*” de la jerarquía eclesial.

Toda esta religiosidad no puede quedar solo ligada a la esfera íntima de la persona sino por el contrario ha de transformarse en cultura; una cultura popular evangelizada que contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida (Evangelii Gaudium 68).

El Papa Francisco nos recuerda que hoy en día muchas de nuestras ciudades se han convertido en verdaderos lugares de supervivencia. Lugares donde la cultura del descarte parece haberse instalado y deja poco espacio para una aparente esperanza. Ahí encontramos a nuestros hermanos, inmersos en esas luchas, con sus familias, intentando no solo sobrevivir, sino que, en medio de las contradicciones e injusticias, buscan al Señor y quieren testimoniarlo. Entonces, ¿qué significa que los laicos estén trabajando en la vida pública? Significa buscar la manera de poder alentar, acompañar y estimular todos los intentos, esfuerzos que ya hoy se hacen por mantener viva la esperanza y la fe en un mundo lleno de contradicciones especialmente para los más pobres.

Necesitamos, como Iglesia, reconocer a la ciudad —y por lo tanto todos los espacios donde se desarrolla la vida de nuestra gente— desde una mirada contemplativa, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas... Él vive entre los ciudadanos promoviendo la caridad, la fraternidad, el deseo del bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero (Evangelii Gaudium 71). No puede ser que nuestros pastores sean quienes le digan al laico lo que tiene que hacer o decir, los laicos lo saben tanto o mejor que los pastores. No es el pastor el que tiene que determinar lo que tienen que decir en los distintos ámbitos los fieles, en ello coincidimos plenamente con el Papa Francisco. Por eso, los pastores tienen que preguntarse, unidos a su pueblo, cómo están estimulando y promoviendo la caridad y la fraternidad, el deseo del bien, de la verdad y la justicia. Cómo hacen para que la corrupción no anide en sus corazones, que hacemos todos para que las cosas cambien para beneficio del bien común.

El clericalismo que tenemos arraigado está más preocupado por dominar espacios que por generar procesos, el Papa Francisco desde el principio de su pontificado no se cansa de manifes-

tarlo siempre que puede. Por eso, debemos reconocer que el laico por su propia realidad, por su propia identidad, por estar inmerso en el corazón de la vida social, pública y política, por estar en medio de nuevas formas culturales que se gestan continuamente tiene exigencias de nuevas formas de organización y de celebración de la fe. Es este un gran reto que la Iglesia tendrá que ir afrontando. Los ritmos actuales son tan distintos a los de hace unos años. Esto nos llevará a imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más significativas —especialmente— para los habitantes urbanos (Evangelii Gaudium 73). Tenemos, por tanto, que salir de nuestros entornos, e ir al encuentro de la gente y sus necesidades.

Para todo ello, los pastores tienen que estar al lado de nuestra gente, acompañándolos en sus búsquedas y estimulando esta imaginación capaz de responder a la problemática actual. Y esto discerniendo con el Pueblo de Dios y nunca por o sin él. Buscando la unidad en la diversidad, no uniformizando. No se pueden dar directivas generales para una organización del pueblo de Dios en el desarrollo de su vida pública. Como nos recuerda el Papa Francisco la inculturación es un trabajo de artesanos y no una fábrica de producción en serie de procesos que se dedicarían a “*fabricar mundos o espacios cristianos*”.

La fe, la hemos recibido, ha sido un regalo que nos ha llegado en muchos casos de las manos de nuestras madres, en nuestras familias. Ellas han sido, la memoria viva de Jesucristo en el seno de nuestros hogares. Fue en el silencio de la vida familiar, donde la mayoría de nosotros aprendió a rezar, a amar, a vivir la fe. Fue en el calor de una vida familiar, nos recuerda el Papa Francisco, que después tomó forma de parroquia, colegio, hermandad, comunidades que la fe fue llegando a nuestra vida y encarnándose. Ha sido también esa fe sencilla la que muchas veces nos ha acompañado en los distintos avatares del camino. Esto es clave, cuando desarraigamos a un laico de su fe, de la de sus orígenes; le privamos la gracia del Espíritu Santo. La alegría del pastor está precisamente en ayudar y estimular, al igual que hicieron muchos antes, las madres y los padres son los verdaderos protagonistas de la historia. Los laicos son parte del Santo Pueblo fiel de Dios y, por lo tanto, los protagonistas de la Iglesia y del mundo; a los que los pastores están llamados a servir y no de los cuales se puedan servir. Por eso debemos estar todos más en generar procesos, que en ocupar espacios de poder. Se señala aquí un reto presente y futuro para todos.

6. Vivimos en un cambio de época, en una sociedad líquida, abierta y global

La expansión de la telefonía móvil y los teléfonos inteligentes es una realidad global. La inteligencia artificial, el internet de las cosas, ya están aquí. Vivimos en un cambio de época, una nueva era donde la propiedad del conocimiento y el trabajo intelectual son el elemento esencial de la economía (post-industrial, del conocimiento, informacional, era digital...). Vivimos como mantenía Bauman, en una sociedad líquida, vivimos en una sociedad global, interconectada y difusa. Se trata de una transformación de la vida tan radical que estamos ante la primera revolución global con capacidad de alcance planetario. El cambio de mentalidad es de un calado insospechado, con la aparición de nuevas dimensiones como la realidad virtual o el ciberespacio, donde se viven las relaciones humanas mediante dispositivos móviles conectados 24 horas 365 días y un acceso a informaciones casi ilimitado. No hay aspecto de la vida personal, económica, política, religiosa... que escape a su influjo.

Ya no sirve un solo paradigma de análisis, sino que se precisa de la interdisciplinariedad para abordar cualquier cuestión. Las comunicaciones y el transporte se desarrollan a escala planetaria, se multiplican los canales. Todos los usuarios son ahora emisores y receptores en una compleja red de redes, en la que los medios de masas se reinventan. Es difícil saber el origen de las informaciones y su fiabilidad, crecen las noticias falsas (fake news). Las nuevas tecno-

logías abren paso a la autoridad de los más jóvenes en las organizaciones empresariales por la actualización y agilidad que precisan. Los educadores no acaban de entender la mentalidad de las generaciones a las que deben transmitir unos valores. En muchas situaciones las leyes van por detrás de la vida y se ven superadas por los cambios tecnológicos con nuevos problemas, delitos... siempre por delante de los legisladores. El Estado nacional está interpelado por la realidad internacional de los mercados y la comunicación.

Por otro lado, la educación se especializa con diversidad de itinerarios formativos buscando dotar de capacidades y competencias flexibles para la continua adaptación profesional y formativa que exigen los cambios, que en poco tiempo dejan obsoletos los conocimientos. La movilidad es una característica fundamental. Los viajes y el turismo crecen. La globalización es casi completa para la economía financiera, que negocia los activos de modo electrónico en fracciones de micro-segundos. Las mercancías se producen a escala global, aprovechando las zonas de mano de obra barata o esclava para producir lo que se vende en las regiones más ricas. Las migraciones conocen cifras que nunca habían alcanzado por las diferencias de riqueza abismales.

Superada la sociedad de masas, las diferencias y las identidades cobran una nueva importancia. La producción busca distintos perfiles de consumidores, se estudia cada nicho de mercado e, incluso, a cada consumidor en particular con la información del 'big-data'. Los movimientos sociales no persiguen utopías universales sino objetivos únicos que, agrupados en plataformas que trabajan en red, actúan localmente y piensan globalmente. La libertad individual evoluciona hacia el narcisismo y el subjetivismo. El "*me gusta*", "*me conviene*", "*yo pienso así*"..., son argumentos de autoridad, con un primado del sentimiento y la inmediatez sobre la razón, la argumentación y la utopía. Las posibilidades que da la técnica tiene un gran peso sobre el juicio moral: "*si podemos hacerlo, ¿por qué no?*". Los hogares unipersonales van en aumento. Pese a las rupturas, la familia aparece en las encuestas como una de las pocas instituciones que da seguridad al individuo. Frente a la tendencia del último tercio del siglo XX, en que se pretendía prescindir de ella, todas las formas de convivencia heterosexual y homosexual aspiran al reconocimiento legal como familia. Hay un retorno a lo religioso, marcado por el subjetivismo y el sincretismo de prácticas y creencias a la carta; una religiosidad sin un Dios y sin una religión organizada. Por todo ello, el Papa Francisco nos pide que vayamos al encuentro de todas estas realidades llevándoles la luz del Evangelio, poniendo a Jesucristo en el centro de nuestras vidas, no hay otro camino, que sin duda tenemos que vivir con alegría y esperanza.

Hemos apuntado en los párrafos anteriores que el ritmo de la vida actual, el estrés, la presión del trabajo y también, la poca atención de las instituciones, puede poner en peligro la familia. Es esta una afirmación del Papa Francisco en la que creyentes y no creyentes podemos estar de acuerdo. Por ello, no es suficiente hablar de su importancia: es necesario promover medidas concretas y desarrollar su papel en la sociedad con una buena política familiar. Así, las grandes opciones económicas y políticas se tienen que plantear, seriamente y con propuestas concretas, señalar a la familia como el tesoro de la humanidad, y por tanto también de la Iglesia.

En la Archidiócesis de Sevilla, nuestro Arzobispo, a través de su delegación de Familia y Vida ha impulsado diversos proyectos en este ámbito esencial en los últimos años, como los Centros de Orientación Familiar, cinco COF hasta el momento (Parroquia de San Sebastián – Triana/Los Remedios – Aljarafe – Osuna – Dos Hermanas) coordinados en torno a la Fundación Reina de la Familia. Potenciando los cursos Teen – Start, el proyecto Rebeca, el proyecto Ángel, los proyectos Parroquias por la Vida y Matrimonios de acogida, formación novios – matrimonios, preparación sacramento de bautismos... Mucho y muy buen trabajo, en la que también han colaborado los movimientos o asociaciones laicales vinculadas con la familia y la vida, así como otras, integradas en la Delegación Diocesana de Apostolado Seglar.

Hay mucho trabajo y mucha ilusión en todas estas acciones que concretan lo que al principio indicaba, necesitamos actuar y comprometernos ante una realidad en constante transformación, que nos aporta unos datos preocupantes, que describen la situación y la necesidad de dar calor y color cristiano a una sociedad que busca a Dios sin saberlo.

7. Realidad y esperanza, el camino de la vida

Veamos ahora algunos datos de las realidades en las que estamos inmersos, extraídos de fuentes oficiales como el Instituto Nacional de Estadística o el Instituto de Estadística de Andalucía, entre otros, además de fuentes propias de nuestra Iglesia. En relación a la situación de los matrimonios en 2017, se constata una bajada de 2,2 %, con 171.454 matrimonios contraídos. Los contrayentes tienen una edad media de 37,8 años (hombres) y 35 años (mujeres). El 17% de los matrimonios celebrados con cónyuges de distinto sexo, al menos uno de ellos era extranjero, cuando en 2016 fue del 15,3%. En cuanto a las parejas del mismo sexo representan el 2,7 % (4.606 matrimonios). Según los datos disponibles, el número de matrimonios ha caído un 56% desde 1965, una cifra que está por encima de la media de la Unión Europea (50%), de todos ellos solo el 19% se celebra por el rito católico. En todos estos años se han popularizado las alternativas legales al matrimonio, como las uniones de hecho, y el cambio en las leyes para garantizar más derechos a las parejas que no estén casadas.

En cuanto a las rupturas matrimoniales España, es el segundo país en Europa con mayor tasa de divorcios, cada minuto se producen cinco rupturas matrimoniales, en 2016 se produjeron 101.294 rupturas matrimoniales (96.824 divorcios, el 95,6 %, un 0,3% más que en el año anterior, 4.353 separaciones, el 4,3% y 117 nulidades, el 0,1 %). Otra cuestión de interés es la duración de los matrimonios, la duración media en 2015 fue de 16,3 años (divorcio 16. 1 años, separaciones 21.6 años y nulidades 7,7 años). El 31,6% de los divorcios tenían más de 20 años de matrimonio y el 22,2% entre cinco y nueve años. La edad media de los divorciados está entre 40 y 49 años, tanto en hombres (hombres 46,8 años: 46,7 años en los divorcios, 51,2 en las separaciones y 42,0 en las nulidades), como en mujeres (mujeres 44,4 años: 44,2 años en los divorcios, 48,6 en las separaciones y 40,9 en las nulidades). El 84,2% del total de divorcios fue entre españoles, el 10,0% uno de los cónyuges era extranjero y 5,8% ambos cónyuges eran extranjeros. Atendiendo al estado civil de los cónyuges cuando contrajeron el matrimonio, la mayoría eran solteros. En el caso de los varones, el 7,1% eran divorciados y el 0,4% viudos. Entre las mujeres, el 7,7% eran divorciadas y el 0,5% viudas. El 43,0% de los matrimonios que se divorciaron no tenían hijos (menores o mayores dependientes), el 47,2% tenían solo hijos menores de edad. El 4,6% tienen solo hijos mayores de edad dependientes económicamente y el 5,2% hijos menores de edad y mayores dependientes. El 26,3% tenía un solo hijo (menor o mayor dependiente).

Respecto a los nacimientos en 2017, indicar que es el más bajo desde 1999, mientras que el de defunciones es el más alto desde 1976, por tanto, el saldo de crecimiento vegetativo es negativo, 31.245 personas. Han nacido 391.930 niños, lo que supone un descenso del 4,5% a 2016 (-18.653). Por otro lado, ha aumentado la proporción de hijos nacidos fuera del matrimonio, hijos de parejas no casadas, uniones de hecho y personas solteras, 40% de los niños de europeos nacieron en este tipo de familias. En España el 39% de los niños nacieron fuera de parejas no casadas. Desde 2008, el número de nacimientos se ha reducido un 24,6%. El “*invierno demográfico*” esta entre nosotros: las españolas tienen 100.000 hijos menos que en 1939 (25 Millones/hab.). En Europa ningún país alcanza la tasa de fertilidad de 2,1 hijos por mujer que se considera necesaria para que haya un reemplazo natural de población, todo ello es un signo claro de nuestra época.

Respecto a la media de hijos por mujer en 2017, está en 1,31 frente al 1,34 de 2016 (1,25 española / 1.70 extranjera). La edad media a la hora de tener un hijo 32,1 años y es

la más alta de toda la serie histórica. Por otro lado, el número de mujeres entre 15 y 49 años (en edad de ser madres) se ha reducido hasta los 10,57 millones en 2017. El 19,3% del total (75.564) nacieron de madre extranjera, frente al 18,5% de 2016, hay por tanto un crecimiento en este segmento.

Si ponemos todos estos datos en correlación con los fallecimientos en España en 2017, tenemos ante nosotros un claro cuadro de envejecimiento de la población y al mismo tiempo de un incremento de extranjeros. En España fallecieron 423.643 personas, un 3,2% más que en 2016 (9,1 defunciones por cada mil habitantes, frente a 8,8 del año 2016). Sin embargo, la esperanza de vida al nacimiento en 2017 se mantuvo en 83,1 años (hombres 80,4 años / mujeres 85,7 años) y se espera que crezca hasta los 86 años en los próximos años. Estamos pues ante un invierno demográfico, con un claro envejecimiento poblacional, caída de la natalidad y una permanente presencia de abortos (aunque el número de abortos realizados en España en 2016 se redujo por quinto año consecutivo, consolidando una tendencia a la baja que se inició en 2012 y que ha llevado a que el año pasado se alcanzara la cifra más baja de los últimos diez años: 93.131 abortos, un 1,12% menos que en 2015).

8. La lógica del don y la cruz

Llegamos a este punto, conviene ir finalizando haciendo de nuevo memoria agradecida de lo acontecido, reconociendo que queda mucho que hacer. Tenemos esperanza para llevar adelante con alegría e ilusión la tarea que como cristianos el Señor nos ha encomendado, Él nos lleva de su mano. La Iglesia es la señal de que Dios nos ha dado una humanidad nueva, liberándola de todo mal y presentándola ante todos con la belleza y hermosura con la que Él mismo la ha revestido de su luz (cfr. *Efesios* 5,27)

Nos gustaría terminar, subrayando algunas cuestiones, como las puestas de relieve por la Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, “la alegría del amor”, algunas de ellas ya apuntadas, en ella el Papa Francisco traza las líneas de la pastoral familiar para los próximos años. Así, plantea el Papa la necesidad de anunciar el Evangelio de la familia hoy, acompañando a los prometidos en el camino de preparación al matrimonio y en los primeros años de la vida matrimonial, para iluminar crisis, angustias y dificultades. Al mismo tiempo pide que se acompañen después de rupturas y divorcios.

El Papa hace una fuerte apuesta por la educación de los hijos, pidiendo una formación ética y sexual de los mismos, así como el valor del paciente realismo que muchas veces hay que ejercer en la familia. Plantea Francisco la urgencia en la transmisión de la fe en la familia, valorándola como el lugar privilegiado para ello. Una apuesta clara del Papa y que nos debe interpelar a todos es la necesidad de acompañar, discernir e integrar la fragilidad, aplicando una gradualidad en la pastoral, a través del discernimiento de las situaciones llamadas «irregulares», aplicando la lógica de la misericordia pastoral. Para llevar adelante todas estas acciones y tareas en el ámbito del matrimonio, de la familia y de la propia sociedad se necesita una espiritualidad de comunión sobrenatural, de un amor exclusivo y libre, una espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo

Por otro lado, y más recientemente, Francisco nos ha hecho un llamamiento a la santidad en *Gaudete et Exsultate*. Él nos recuerda que los santos nos alientan y acompañan, y que junto a nosotros viven muchas personas, muchos matrimonios, muchas familias, los santos de la puerta de al lado, que viven santamente siguiendo a Jesús, entre las dificultades y alegrías de la vida. Nos parece muy oportunas las notas que nos propone de la santidad en el mundo actual, ya apuntadas con anterioridad, como: aguante, paciencia y mansedumbre; alegría y sentido del humor; audacia y fervor, todo ello vivido en comunidad y en un constante ambiente de oración, y de combate, vigilancia y discernimiento desde la lógica del don y de la cruz.

Benedicto XVI en su segunda encíclica *Spes Salvi*, nos sitúa ante nuestra realidad eterna, subrayando que el hombre no agota su propio destino en el breve tiempo de su existencia terrena. Si queremos de verdad dar respuestas al hombre y la mujer de hoy tenemos que vivir con una sincera actitud de espera, esperando la vuelta de Jesús. Esto nos haría ser unos cristianos, una Iglesia más humilde y cercana, poniendo el acento en lo esencial. Llevando a todos la alegría de la fraternidad, sumando con quienes tienen interés en la humanidad y se preguntan por sus grandes interrogantes.

Vivimos entre grandes desafíos que hemos de superar, el primero está vinculado con la adecuada gestión del pluralismo, el segundo se relaciona con las consecuencias de la globalización y el tercero con el propio sentido del ser humano. Sabemos bien que nuestra sociedad actual se dirige hacia un mundo digital, donde la manipulación genética presentada como inocua, puede globalizar la indiferencia, haciéndonos uniformes, perdiendo la riqueza de la diversidad, y acotando con ello el espacio, desde el interior de la propia sociedad, de todas las religiones. Sin embargo, el ser humano tiene necesidad de Dios, pero antes tiene que tener experiencia de Él, la fe es un don que hay que pedir, y también que vivir, en una comunidad cristiana concreta, haciéndonos uno con el otro, aunque seamos una minoría, pero una minoría consciente y creativa. Por ello, una humanidad con futuro tiene que tener mirada de misericordia, para mirar al prójimo con los mismos ojos de Dios, porque Él es Amor (1 Juan 4, 8). Un Dios que deja a tras los conflictos, con la lógica del don, del amor, de la reciprocidad es presentado ante todos, como valedor de la libertad y de la dignidad del propio ser humano. Sin duda, es este un camino que nos ayuda a nosotros, a la Iglesia y a la misma sociedad a renovarnos y a salir adelante en las situaciones difíciles y complejas como la que estamos viviendo ahora.

BIBLIOGRAFÍA

AMORIS LAETITIA, *Exhortación apostólica postsinodal del Papa Francisco sobre el amor en la familia* (19.03.2016). http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia.html

CHRISTUS VIVIT, *Exhortación apostólica postsinodal del Papa Francisco a los Jóvenes y a todo el Pueblo de Dios* (25.03.2019). http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html

Carta del Papa Francisco al cardenal Ouellet con motivo del encuentro de la Pontificia Comisión para América Latina (19.03.2016). http://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco_20160319_pont-comm-america-latina.html

EVANGELII GAUDIUM, *Exhortación apostólica del Papa Francisco sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* (24.11.2013). http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

EVANGELII NUNTIANDI, *Exhortación apostólica del Papa Pablo VI sobre la evangelización en el mundo contemporáneo* (08.12.1975). http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html

GAUDETE ET EXSULTATE, *Exhortación apostólica del Papa Francisco sobre la llamada a la santidad en el mundo actual* (19.03.2018). http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html

LUMEN GENTIUM, Constitución dogmática de la Iglesia, Concilio Vaticano II (21.11.1964). http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html

SPE SALVI, Carta Encíclica de Benedicto XVI sobre la esperanza cristiana (30.11.2007) http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html